Diario de burdel

Josep Lluis Seguí





Desde la atmósfera de disciplinado silencio de la Biblioteca, donde trabaja el joven estudioso de novelas eróticas clásicas, obsesionado por la inquietante presencia de una muchacha, entre ingenua y perversa, que acaba por conducirle a la máxima transgresión, hasta el enrarecido y desordenado dédalo del Barrio Chino, sus bares y sus burdeles, Josep-Lluís Seguí consigue arrastrarnos con él a la vivencia de íntimos y ocultos íncubos.



Josep Lluis Seguí

Diario de burdel

La sonrisa vertical 14

ePub r1.1
ugesan64 26.09.14

Título original: *Diari de bordell*
Josep Lluis Seguí, 1979
Traducción: Josep Lluis Seguí

Editor digital: ugesan64
Corrección de errores: Kars
ePub base r1.1



a Georges

Bataille,

frecuentador de
bibliotecas
y burdeles

Realizo la escritura, esta ficción, el relato, un texto.

Escritura al desnudo, escritura de la desnudez, escritura para la desnudez.

Escribo desnudo, la escritura posible del desnudamiento. El texto (relato erótico) me obliga a este despojamiento; me fuerza a desnudarme, me lleva a una escritura con el sexo desnudo, haciéndome quitar —al escribir— los pantalones. Y de esta manera, escribir —escribo aquí— con el sexo al aire junto al texto desnudo.

Blanco y puro, texto desnudo, como el culo de una muchacha que muestra su desnudez palabra por palabra, página por página, capitulo por capitulo, que exhibe y revela toda su desnudez bajo las faldas.

El deseo en blanco, el falo tensándome los pantalones, inicio la escritura del texto, del cuerpo.

Un día cualquiera de la semana, una de tantas tardes de trabajo en la Biblioteca Municipal.

Es ya pleno verano, y hoy es un día terriblemente caluroso. Ahora, en estas primeras horas de la tarde, la sala de lectura está casi vacía. Hay por aquí algún joven lector ocasional, leyendo novelas de actualidad; los habituales hojeadores de la prensa diaria; un hombre ya de edad, que se ha quedado dormido sobre *Las Metamorfosis de Ovidio*, y la marchita profesora que prepara aquí sus diarias lecciones de literatura francesa.

Yo estoy leyendo distraídamente, como en suspenso, con frecuentes interrupciones en la lectura —de la única manera que puedo leer en estos últimos tiempos. Me encuentro leyendo un texto anónimo del siglo XVIII; un relato de amor y de muerte, de luchas fratricidas y de pasiones incestuosas; una historia sangrienta, emocionante, incluso excitante.

De vez en cuando, en mi diario de trabajo, tomo alguna nota sobre aspectos interesantes de lo que estoy leyendo, subrayo alguna frase del libro, añado algún comentario al texto.

Poco a poco, la historia narrada va atrapándome, hace que me interese por su apasionante trama, y voy dejándome seducir por ella.

Entonces, en plena lectura, empiezo a sentir una especie de agitación nerviosa, cierta excitación sexual, un deseo inconsciente e inconcreto que hace que mi sexo tenga de súbito una pequeña erección, manteniéndose así de manera intermitente.

No puedo asegurar, ni tampoco desmentir, que todas estas hermosas doncellas acosadas, tentadas, perseguidas, seducidas, violadas, y las muertes violentas a sable y cuchillo, donde se hace correr la sangre a borbotones, y la frecuencia con la que los personajes masculinos descargan el semen, no sean en parte la causa de mi estado sexual.

El anónimo autor del libro se recrea, ciertamente, en la descripción de la desnudez de la doncella protagonista (una adolescente, bella como el sol, pura y candorosa, que está encerrada en un castillo y es deseada lúbricamente por sus dos hermanos y por su mismo padre, quienes, los tres a la vez, la mantienen prisionera con la intención de poseerla y luchan ferozmente entre si con el fin de conseguir las primicias sexuales de la muchacha). Desnudez, la de la joven descrita, de una hermosura singular, realzada por sus largos cabellos dorados, esparcidos, y por sus enaguas blancas, largas medias, unos sugestivos camisones, y especialmente por una cruz de plata que le cuelga del cuello entre los dos jóvenes senos.

Para relajar mi creciente excitación sexual (he temido que la profesora se diera cuenta de mi fuerte erección un instante en

que parecía que miraba fijamente por debajo de mi mesa), me pongo a tomar notas, recogiendo en ellas algunas reflexiones sobre la cuestión del anonimato en los textos eróticos.

Pienso —y escribo— que el anonimato de un texto de carácter amoroso parece querer eliminar el hecho mismo de que la escritura de tipo erótico, la narración de un tema sexual, tiene un sujeto, un autor; alguien que dice, que relata, que pone en lenguaje la ficción que el lector desarrolla con la lectura que hace en ella. De este modo, al eliminar el nombre del responsable del texto —del relato, de la ficción, de las palabras escritas en el libro — se buscaría, quizás, inscribir aquello que se dice en la escritura dentro de una «objetividad sin nombre», o eludir de esta forma el hecho de que un texto esté dicho por alguien en concreto, por un hombre determinado, por un autor con señas de identidad, con nombre y con rostro. El escándalo del texto erótico —llego a pensar — no se encuentra tanto en el texto mismo, en aquello que en él se dice, como en el hecho de que lo que allí queda dicho tenga un autor.

En este momento de mi reflexión, en este punto de mi escritura, repentinamente, se me acerca una muchacha, de no más de catorce o quince años, vestida con un uniforme de colegio religioso, en color gris claro, de largas faldas plisadas y blusa abotonada hasta el cuello, peinada con una larga trenza, de un rubio pálido el color de su fino cabello, que lleva liso y tirante en

las sienes, y blanca la piel de su rostro y de sus pequeñas manos.

Instintivamente, cierro de un manotazo el libro erótico que tengo sobre la mesa, y me llevo al mismo tiempo la mano izquierda al sexo, como para ocultar su tensión.

La muchacha, sin decirme ni una palabra y sin apenas mirarme, llena una ficha de pedido y, después de mostrármela fugazmente, da media vuelta y va ella misma a una de las estanterías del fondo; allí, coge la escalera de mano y sube en ella hasta alcanzar un libro situado en los últimos estantes.

Escribir —escribiré— como en un deseo intermitente, como en una erección, una tensión, que sube y baja, en suspenso, en el vacío.

Como los puntos suspensivos de una narración. Suspensión de la historia. Como el espacio en blanco del texto, que hace levantar la mirada de las páginas y lleva a seguir las medias blancas de una adolescente, sus pasos titubeantes, su nervioso caminar, su contoneo liviano…

Todas las tardes, al salir de la Biblioteca, voy a dar una vuelta por el Barrio Chino. Allí veo a las prostitutas que se ofrecen en las esquinas, en los bares y en las puertas de algunos patios. Las miro detenidamente; miro sus cuerpos, sus rostros, sus peculiares maneras de mostrarse, sus actitudes. Me gusta fijarme en las ropas que llevan: las cortísimas faldas, los pantalones muy ceñidos, las blusas escotadas. Me gusta ver sus exagerados peinados, sus maquillajes chillones. Siento el olor de sus cuerpos, el fuerte aroma de las colonias con que se perfuman. Rozo, al pasar, algún muslo, las nalgas de alguna de ellas. De cada una me atrae algo diferente: la ostentación del busto abundante, las nalgas prominentes, el vientre ajustado bajo la falda, los rasgos del rostro dibujados por la pintura, el semblante vicioso.

Camino arriba y abajo, por los estrechos, intrincados y un tanto siniestros callejones donde se encuentran las prostitutas; paso por cada uno de ellos una y otra vez, parándome a veces en alguna esquina, junto a algún grupo de hombres que contemplan también —con las manos en los bolsillos, con una media sonrisa en la boca, con los ojos muy abiertos y brillantes— a estas meretrices callejeras.

Ellas nos hacen algunos gestos de

incitación, alguna llamada provocativa, expresiones obscenas y seductoras. Se levantan un poco más las faldas, muestran parte de los pechos, menean las caderas sacando el culo.

Cuando el deseo se me hace insoportable, cuando el sexo erecto empieza a hacerme daño, cuando empiezo a sentir dolor en los testículos, entro en algún bar a tomar un coñac, orino largamente en el water, y me voy en seguida a casa.

No obstante, muchas veces me coge alguna prostituta, subo con ella a la habitación y le descargo todo mi semen, ya que no todo mi deseo.

A media tarde, vuelve la colegiala que vino ayer. Silenciosamente, muy cerca de mi, sobre mi mesa, llena la ficha de lectura. Puedo sentir un suave aroma que proviene de ella; un delicado perfume que debe llevar en el cabello y en las orejas. Cuando acaba de escribir los datos de la ficha, me mira fugazmente y se dirige, aprisa, a la misma estantería y, posiblemente, a por el libro de la otra vez.

Tengo la impresión de que hay algo misterioso, furtivo, en la manera de llevarse el libro y de sentarse con él en un rincón de la sala de lectura.

Luego, durante algo más de un par de horas, la colegiala permanece en el mismo sitio, con el mismo libro. No puedo

enterarme de cuándo se va. Encuentro su asiento vacío y, al parecer, el libro devuelto a su estante.

Estoy en un bar del Barrio Chino, tomando unas copas. Delante de mí hay tres prostitutas, de pie, esperando. Una de ellas, de largos cabellos teñidos de rubio platino, de cuerpo grande, de formas llenas, con un estrecho vestido muy escotado y que le deja los muslos medio al aire, me mira sonriendo, saca la punta de la lengua y me insinúa un beso con sus carnosos labios pintados de rojo carmín. Sin ni siquiera preguntarle el precio, entro con ella a un reservado en la trastienda del bar. Me dice que en cuanto me ha visto ha sabido que yo iría a la cama con ella, y que quiere darme gusto, si le doy una propina.

Su boca activa, la variedad de posturas que ella misma me pide que hagamos y un simulacro convincente de su propio goce, me inducen a darle más dinero del que me pide, en prueba de mi agradecimiento.

Al igual que los lectores, que son elegidos por el libro que cogen en la biblioteca, el asiduo de los prostíbulos nunca elige verdaderamente él a la mujer a la que paga por copular. Por gracia de una precisa mirada, por obra de los ojos de la mujer, por el gesto de seducción ineludible (en los que infiere la sospecha de unas afinidades, de una simpatía, de una atracción, que después deben confirmarse y suelen hacerlo a menudo) siempre es el cliente —al igual que el lector— el objeto de elección.

Soy yo el elegido por la prostituta, como lo soy igualmente por tal o cual libro.

Cuando recojo todas las fichas de la jornada, veo una escrita con un tipo de letra un tanto infantil y que dice: «Historia ilustrada». Ref.
2313.E.3/1
. Pienso, sin duda, que se trata del libro que, como otras veces, ha sacado hoy la colegiala para leer.

No acierto a saber de qué clase de historia debe tratarse. No obstante, tampoco me ha interesado nunca saber qué libros leen aquí los asistentes a la Biblioteca; pocas palabras acostumbro a

intercambiar con ellos, y ni me interesan sus vidas ni yo les hablo a ellos de mí. El obligado silencio que debe guardarse en la sala de lectura me facilita esta distancia respecto a quien acude aquí. Además, pienso que quien coge un libro, quien lee, no necesita relaciones personales, al menos durante unas horas.

Estoy con una prostituta, bonita y muy joven. La contemplo, desnuda sobre la cama, durante un buen rato. Le acaricio suavemente, con la punta de los dedos, todo el cuerpo; la beso entre los pechos, le beso los pezones, acaricio mi rostro con ellos. Me pongo en pie, ante ella, para ver bien toda su desnudez. Después, ya sin mucho deseo, con una cierta apatía, copulo con ella. En silencio.

Otro día más en la Biblioteca. Siempre los mismos asistentes, incluso la profesora de literatura y el viejo que estimula sus sueños con Ovidio, esta vez con su *Arte de amar*.

Esta tarde, sin embargo, no ha venido la joven colegiala. Por un momento, estoy tentado de buscar el libro que tiene por costumbre coger. Quizás, hacerlo sería como entrar en su intimidad (tanto como mirar por debajo de sus faldas); seria, en cierto modo, como asistir a unos placeres íntimos sin participar en ellos.

Me resisto a hacerlo. Ya he dicho que jamás lo he hecho con lector alguno de la Biblioteca; más por indiferencia que por otra cosa, es cierto.

Escribo mi deseo: el cuerpo/texto del deseo.

Escribo: confieso: realizo, día a día, página tras página, mi propia biografía: historia personal, escritura de mi mismo. Y su relato.

Relato de deseos, de frecuentes erecciones, de masturbaciones sucesivas, de eyaculaciones interrumpidas, aplazando el coito, conteniendo la expulsión del semen, fijando en este punto el placer,

reteniéndolo, y dándole por fin salida, como un aprendizaje y una perversión de la fiesta —solitaria siempre, para uno mismo— de la sexualidad, de sus metáforas, de su ficción, de su escritura.

Paso la tarde con una fuerte erección sexual; tengo el falo tenso debajo de la ropa, y acabo por bajarme el pantalón.

Permanezco así, sentado detrás de la mesa, con el sexo al aire, aún exponiéndome a que pueda verme alguien, incluso la colegiala, si viniera.

A las nueve en punto cierro la Biblioteca, sin entretenerme en nada. Hoy, no obstante, no quiero pasar por el Barrio Chino. Me voy directamente a mi casa, caminando apresuradamente.

Tengo unas extrañas ganas de llorar, y recorro todo el trayecto con un sollozo contenido.

Continúo con la lectura de la historia de la doncella secuestrada y recluida en la torre de un castillo.

Paso la hoja, voy leyendo el texto para ir siguiendo, para ir conociendo, para llegar al fondo de una historia (es decir: de una cópula) de la que, finalmente, no participaré plenamente.

Asisto, en la lectura de este relato, a una lenta, progresiva y medida (con la anécdota narrativa, el desarrollo dramático, cada uno de los capítulos, las descripciones, los diálogos, las elipsis…) revelación (despojamiento: se desnuda el cuerpo de coberturas, se deshace el nudo de la intriga) del sexo.

Relato de erotismo y relato de suspense, donde se demora la definitiva puesta en escena de la cópula (o de la muerte, y de la muerte) para dejarnos —a los lectores— fatalmente fuera de su conclusión: fuera del coito y fuera de la muerte.

Es como la pasión y muerte del deseo vivida y visionada en las *strip-teaseuses*. El deseo de llegar al último punto del *strip-tease*, al despojamiento final de la última pieza de ropa (que es siempre la que cubre el sexo), aquella en que precisamente muere el deseo.

Todo *strip-tease*, no obstante, vuelve siempre a empezar. Su sentido reside, precisamente, en su estructura de

reiteración. Del mismo modo, la historia del acoso, seducción y ultraje de la virginal muchacha se inicia nuevamente en la primera página del libro.

Con su trenza dorada, con su piel muy fina y clara, con su uniforme gris, con sus medias blancas, la joven estudiante entra en este momento en la sala de lectura.

Como si estuviese mirando hacia el infinito, con sus ojos verdes, se dirige directamente al fichero, y allí mismo llena su ficha, con los datos del mismo libro de siempre, posiblemente. Ella misma también, como de costumbre, balanceando ligeramente las caderas, haciendo así mover la orilla de la falda, va a la estantería, sube a la escalera de mano y coge su libro.

Dejo en suspenso la lectura. Desde mi asiento, contemplo a la muchacha; voy siguiendo sus movimientos al subir y bajar la escalera, cogiendo el libro (uno de formato más bien grande y de cubiertas rojizas, de aspecto antiguo); veo cómo se lo lleva a una mesita situada en el extremo opuesto de la sala. Allí se sienta, de cara a mi, un poco de perfil, y durante varias horas no hace otra cosa que leer, o quizás contemplar, las páginas del libro.

En todo este tiempo, apenas levanta la vista de la lectura, y cuando lo hace sus ojos parecen en blanco. Se queda mucho rato ante la misma página, y su rostro pasa

a menudo de la rojez sanguínea a la blancura de la muerte. La luz eléctrica, la distancia que nos separa, mi propia visión, podrían ser, no obstante, la causa de estas transformaciones.

De tanto mirar fijamente a la muchacha, llego a perder el sentido de la realidad, y por momentos no veo allí, ante mis ojos, más que una imagen de la joven lectora: la que yo proyecto sobre ella.

Escribo. Escribo su imagen, la fijo sobre el papel.

Describo su cuerpo, sus cabellos, su rostro, sus ojos y su mirada.

Ahora cierra los ojos; permanece así largo tiempo. Después vuelve a abrirlos y cierra el libro.

Suspendo la escritura.

Cuando la colegiala va a dejar el libro en su estante, en la parte más alta de la estantería, yo me encuentro cerca de la escalera. En el momento en que la muchacha ha alcanzado ya el último peldaño, paso justo por debajo y doy una rápida mirada bajo sus faldas: las blancas medias le llegan hasta un poco más arriba de las corvas; después, la desnudez de los muslos resplandece hasta el trasero. Me parece que no lleva bragas.

Por los alrededores del Barrio Chino encuentro a una joven ramera, muy delgada y con aspecto de francesa. Me convence de ir con ella a un hotel ofreciéndome hacerle «el vicio» a mi «pequeño» por el mismo precio.

Mientras me lo hace —con verdadera habilidad, moviendo la lengua de manera inefable—, yo le acaricio las nalgas, pasándole los dedos por la hendidura del culo —con los ojos cerrados.

Lo único que deseo es acariciarle el culo; me lleno las manos con sus pequeñas nalgas, clavando en ellas los dedos cuando me hace eyacular en su boca.

Todo así, con los ojos cerrados.

Los mismos rituales, los de la escritura y los del amor.

La reiteración —previamente acordada, totalmente codificada, bien conocida— de los mismos gestos, de los mismos actos.

Pasar la página, verter la tinta, quitarle el vestido a la mujer, oír los gemidos propios, el sabor vacío del final, el silencio, la blancura.

El mismo artificio, el mismo juego de simulaciones.

El deseo, el placer, sus formas.

La misma desnudez, y la blancura manchada. La pulsión, el éxtasis, el hastío.

Reproducir la misma cópula, releer una página.

Estoy en la cama, en mi casa. Estoy acostado, desnudo, sobre la blanca sábana, en silencio, y con la habitación cerrada; cerradas puertas y ventanas.

Sobre mis muslos desnudos tengo el cuaderno de escritura. Escribo en él. Escribo el encierro, la soledad, el silencio, la desnudez, el deseo de lo imposible. Voy haciendo el texto.

Siento el frescor de mi propio cuerpo, el palpitar de mi corazón, la sangre que corre por mis venas.

La pluma estilográfica rasga el papel, derramo en él la tinta.

En el espejo, se refleja la reproducción litográfica de «La liseuse» de Henner, colgada sobre la cabecera de mi lecho. Tendida encima de algo parecido a una alfombra, una joven contempla un libro abierto. Está completamente desnuda. Apoya su cabeza en el brazo derecho; el otro brazo, junto al libro, cubre a medias su pecho. Sobre el fondo oscuro se recorta la curva de su cadera, de la nalga y del muslo, que se pierde detrás de la alfombra. Esta especie de alfombra algodonosa cubre también su vientre. Los largos cabellos rojizos caen por la mesa donde se apoya la joven, donde también está el libro. Contra la oscuridad del fondo, y de la mesa y la alfombra, se ve la luz del hermoso rostro de la lectora, la luz de su cabello color cobre, la luz de su cuerpo maravillosamente desnudo, y de las páginas abiertas del libro.

Leyendo. A media luz, en un espacio cerrado, en la intimidad, en la total

desnudez. Escribiendo.

En mi falo erecto surge una pequeña gota de semen, blanca y transparente, que después va deslizándose hacia abajo, hasta la negra pelambre rizada de mi bajo vientre.

Y en el espejo —como en un burdel— el reflejo de la desnudez; la imagen inversa la lectura, de la escritura.

Espero la llegada de la colegiala. Cuando viene y sube la escalera para coger su libro, me pongo debajo de ella, fingiendo consultar unos libros. En el momento en que la muchacha está en el último peldaño, miro hacia arriba, por entre sus faldas; una mirada rápida pero decidida, penetrando en 3U escondida desnudez. Efectivamente, la muchachita no lleva bragas. Por un instante —fugaz, eterno— puedo contemplar su culo desnudo; su hermoso culo, puro, muy blanco, que de tan hermoso me parece irreal; un culo divino, de nalgas redondas, llenas, con una raja muy profunda, de color rosado.

Ahí, en lo alto de la escalera, delante de la estantería llena de libros, en la Biblioteca, bajo las faldas de su uniforme de colegiala, la desnudez del culo de la muchacha resulta de lo más excitante. Jamás he sentido yo semejante placer al ver el culo de una mujer, ni tampoco he sentido nunca semejante ansiedad por poseerlo así, con la mirada, ni tanta angustia al perder su visión.

La colegiala baja con el libro y, al quedar junto a mí y cruzarse nuestras miradas, tengo la impresión de que ha advertido porqué estoy aquí, debajo de la escalera. Puedo leer en su rostro, entonces, algo parecido a la turbación sexual (su cara

se enrojece, pone los ojos en blanco, y sus labios tiemblan). Mi verga, totalmente erecta, tensa el pantalón. La muchacha pasa por delante de mí, con la mirada gacha ahora (temo y deseo al mismo tiempo que se percate de mi excitación), con un caminar nervioso, moviendo las caderas y balanceando el trasero enfáticamente. Su cuerpo, joven, que empieza a ser el de una mujer, parece querer mostrarse —¿a mí?— en su total carnalidad por encima del infantil vestido de colegiala. La bien peinada trenza, el uniforme grisáceo, las medias blancas, su rostro sin nada de maquillaje, tan limpio y tan liso, dan una mayor sensación de perversidad a ese cuerpo suyo lleno de sensualidad. La imagen de su culo, tan desnudo, me la hace aún más obscena, mucho más diabólica.

Cuando se sienta en su sitio, veo que lleva dos botones de la blusa desabrochados y que respira con cierta intensidad, haciendo que sus dos pequeños senos se muevan en modo turbador y —se me ocurre pensar— con cierta malicia. Me pregunto si tampoco llevará sujetador. Me agacho y lanzo una rápida mirada por debajo de su mesa: lleva las faldas subidas un poco por encima de las rodillas, pero aprieta fuertemente los muslos y me es imposible encontrar la más mínima rendija por la que la mirada pueda deslizarse por entre sus muslos hasta la entrepierna. La muchacha ha abierto ya el libro y se encuentra ahora —con el rostro muy cerca de las páginas y con la cabeza apoyada en

los puños— absorta en la lectura.

Las ocupaciones de esta tarde, sellando y archivando la prensa de la semana, no me permiten contemplar a gusto a la muchacha. A veces, cuando puedo detenerme un momento a mirarla, la veo como si fuese poco menos que irreal, en una casi total inmovilidad, mirando fijamente el libro, pasando de tanto en tanto una página. Me parece algo irreal, también, cuando pienso —y recuerdo— que ahora mismo va sin bragas, que está aquí sentada y que debajo de las faldas lleva el culo desnudo, y desnudo también el vientre, y su sexo, que yo me esfuerzo en representarme en la mente. Un par de veces más lanzo fugaces miradas por debajo de la mesa, pero sus muslos continúan bien prietos. Todo su cuerpo parece petrificado, muy rígido. No obstante, en algunas ocasiones me parece ver su rostro un poco más enrojecido, con cierto rubor, y como si sus ojos, muy abiertos, se pusiesen en blanco. También, entonces, su cuerpo parece estremecerse, y como si estuviese meneando rítmicamente los muslos.

Cuando la colegiala devuelve el libro a su sitio, cerca ya de las nueve, no me es posible, como yo quisiera, ir tras ella para volver a ver sus deliciosas desnudeces: sus nalgas, la raja de su culo desnudo abierta a mis ávidos ojos… En este momento, cuando la muchacha va hacia la estantería, la vieja profesora de literatura se acerca a mí para hacerme una consulta bibliográfica. Mientras la profesora me

habla, veo a la joven estudiante subiendo la escalera y deteniéndose un momento (quizás más del necesario, quiero creer) en el último peldaño. Allí arriba, desde aquí, veo su trasero, muy pronunciado bajo la falda, ligeramente alzada, dejando al descubierto el inicio de los muslos por encima de las medias. Pienso que, si pudiera acercarme a ella, le metería, aquí mismo, en este momento, la mano entre los muslos, por debajo de la ropa…

Me da miedo la blancura del papel, la desnudez de la página, el texto aún por hacer.

Rasgo la hoja, y con los trozos de papel enjugo las lágrimas que me saltan a los ojos.

Entro en un Bar-Club, con la secreta intención, quizás, de emborracharme. Es uno de esos bares servidos por mujeres, de ambiente intimo, a media luz, con una larga barra americana, donde hacen beber copa tras copa a los clientes, la mayoría de ellos habituales.

Las camareras son mujeres jóvenes, de unos veinte años, de cuerpos exuberantes, con vestidos provocativos, minifaldas,

pantaloncitos cortos, amplios escotes o ceñidas blusas, y con los cabellos teñidos de color dorado o rojizo casi todas. Una de ellas, pelirroja, de gran boca carnosa pintada de carmín brillante, de cuerpo esbelto, de carnes llenas y prietas, con un vestido verde escotado, largo hasta más abajo de las rodillas y con dos cortes a los lados hasta más de medio muslo, subida en la barra del bar, como en un escenario, como en un catafalco de ejecuciones, de exhibiciones, hace mover su cuerpo al compás de una música imaginaria. Expone, a la vista de todos, sus pechos semidesnudos; muestra los muslos por las aberturas del vestido; acentúa las curvas del vientre, de las caderas, del culo, de sus nalgas muy redondas; sugiere sus profundidades carnales. Sus movimientos, en esta exhibición erótica, en esta danza sensual, buscan evocar y convocar juegos amorosos ignorados. Insinúa, en el claroscuro de las luces indirectas, inefables desnudamientos mostrando apenas, al bajarse el tirante del vestido, un pecho desnudo, o al abrir el corte del vestido, la desnudez del muslo. Con labios húmedos, empapados de carmín y de alcohol, promete, en voluptuosos artificios, placeres impagables.

Placeres, no obstante, que todos, ella y los clientes, sabemos que tienen un precio.

Un precio, y toda una ceremonia: una larga serie de rituales eróticos y mercantiles que hay que cumplir. En el transcurso de la noche, copa tras copa, la camarera, bailando o sentada en la barra,

muestra y esconde su cuerpo, pone en escena —ocultándolo— su sexo, la sexualidad misma. Entretanto, mientras llega y no llega el desnudamiento final, total, la completa desnudez del cuerpo, la puesta en juego del sexo abierto, ofrecido, entregado, la realización definitiva del coito, el orgasmo, hay un intercambio de ofrendas y caricias, de promesas y demandas.

Hora tras hora, después de cada copa consumida, pagada, el placer va quedando postergado. El sexo, su goce, queda en suspenso. El deseo se prolonga momento tras momento, palabra tras palabra, en cada caricia que se otorga y se interrumpe. Y el cliente del Bar-Club, como yo mismo esta noche, toma, paga, una última copa, mientras la camarera vuelve a empezar su danza, su exhibición, la ejecución del rito, prometiendo nuevamente el espectáculo de sus mismas promesas, del deseo siempre en suspenso, del placer indefinidamente aplazado.

Vuelvo a leer todo lo que he escrito. Vuelvo a poner en movimiento el mecanismo de la lectura. Reescribo aquello que ya he leído. Se confunde en el texto la escritura y la lectura que hago de ella, y la reescritura de aquello que aquí escribo. Diariamente.

Veo llegar a la colegiala al edificio de la Biblioteca. Antes de dirigirse a la sala de lectura, entra al lavabo de mujeres. Sin pensarlo, entro yo también al lavabo reservado a los hombres. Dentro, sólo separa las dos piezas una mampara de madera. Quieto y en completo silencio, puedo oír los movimientos de la muchacha al otro lado. Por el sonido, voy adivinando todo lo que está haciendo. La oigo dejar primero el bolso sobre el taburete. Después, levanta la tapa del water, y, entonces, pegando el oído a la mampara, puedo oír cómo se levanta las faldas, y oigo también claramente el roce de las bragas cuando se las baja, haciéndolas deslizar suavemente por los muslos. Tengo la sensación, casi la completa seguridad, de que no sólo se las ha bajado sino que incluso se las ha quitado del todo. En seguida, se oye perfectamente cómo se

sienta en la taza del water, inmediatamente oigo un chorro de orina cayendo con fuerza y largamente. Cuando acaba, y antes de que tire de la cadena de la cisterna y de que el ruido del agua no me deje escuchar otra cosa, aún puedo oír cómo corta un trozo de papel higiénico y se lo pasa por el sexo. Salgo a toda prisa del lavabo y llego a la sala de lectura antes de que entre ella.

Pienso que es allí, en el lavabo, donde la colegiala se quita las bragas cada vez que viene a la Biblioteca. Supongo que, después, cuando acaba la lectura y se marcha, vuelve al lavabo y se las pone de nuevo. Lo que aún no puedo entender es por qué lo hace, por qué quiere estar así, leyendo aquí, sin bragas. Yo mismo, es cierto, acostumbro a desvestirme cuando leo; muchas veces hago una lectura, o escribo, con los pantalones y los calzoncillos bajados, o completamente desnudo cuando estoy en mi casa. Todo depende, claro está, de qué lectura se haga.

Cuando la muchacha se dirige a la estantería a por el libro de costumbre, me da miedo, no sé por qué, seguirla, y la dejo ir.

Desde mi sitio, la veo subir y bajar una vez más la escalera, y pienso, y siento, que bajo las faldas del gris uniforme está la desnudez de un hermoso culo de muchachita, y también habrá un pubis que quiero imaginarme pequeño y rubio, con una breve rajita que no puedo ni siquiera imaginarme.

No; no quiero imaginarme su desnudez. Me niego a mí mismo el imaginar su

cuerpo desnudo, sus pechos, su cintura y, sobre todo, su sexo. Tengo el recuerdo, débil, incierto, de su trasero: las torneadas nalgas de color blanco claro, y la profunda hendidura, estrecha y oscura.

Paso la tarde mirando su rostro: tan limpio como siempre, de piel lisa, sedosa, de color pálido, un poco rosado en las mejillas, y con reflejos dorados en la frente y junto a las diminutas orejas. Las facciones de su cara apenas están marcadas; debajo de las cejas finamente dibujadas, los hermosos ojos claros, verdes, de tamaño regular, pasan a menudo de la mirada incisiva y un poco cruel a perderse blandamente en el vacío, de ser completamente verdes a ponerse en blanco; la nariz, un poco respingona, es apenas como dos puntitos encima de la boca; los labios, finos pero un poco carnosos, se le entreabren a veces, mostrando una blanca hilera de dientes y, por momentos, la puntita húmeda de la lengua. Un delicado óvalo le recorta suavemente el rostro. La blusa, con dos o tres botones desabrochados, deja ahora al descubierto un cuello largo y fino, con una cadenita y una medalla de oro brillando en él. Bajo la tela gris, la respiración, un poco entrecortada, alza y baja rítmicamente su pecho, sus pequeños senos, altos y equilibradamente separados que parecen estar duros y tensos.

Poco antes de las nueve, cuando ella acostumbra a marcharse, me sitúo cerca del lugar donde suele subir a dejar el libro. Como siempre, de manera decidida, la muchacha coge la escalera y la pone debajo del estante correspondiente. Antes de subir, me mira un momento, directamente a los ojos. Creo entender en ello una llamada, una invitación a seguirla con la mirada, un ofrecimiento de la desnudez que podrá verse, que va a mostrar, que ofrece bajo sus faldas.

La sala de lectura está casi vacía; quedan sólo el viejo que dormita sobre el libro y la profesora, que trabaja totalmente abstraída y de espaldas a nosotros. La muchacha ya está en lo alto de la escalera. Bajo las faldas, me ofrece la visión de los dos muslos entreabiertos y de las nalgas desnudas, e incluso, al final de la hendidura del culo, entre ambos muslos, puedo ver como un fino plumero de vello moreno, o su sombra.

Tengo la verga completamente erecta; el sudor me llena la frente, y siento mi corazón palpitar con fuerza. Poco a poco le voy metiendo la mano por debajo de las faldas, voy penetrando entre sus piernas, sin llegar aún a rozar su piel. Estoy a mitad de sus muslos, muy cerca de su desnudez, de su carne. Ella abre un poco más el ángulo de las piernas. Subo la mano, hacia la vulva, y me detengo allí un momento, temblando levemente. De pronto, cuando ya estoy a punto de tocarla, cuando voy ya a acariciar con los dedos su sexo desnudo, alguien cierra estrepitosamente un libro.

Retiro rápidamente la mano de las faldas de la muchacha y me alejo de ella con dos largos pasos.

La colegiala baja de la escalera, meneando ostentosamente el trasero. Cuando se va, cerca ya de la puerta de salida, busca mis ojos y me dirige una dura mirada de despedida. Una mirada que yo interpreto como de decepción, o, también, como de desprecio.

Me quedo completamente solo en la Biblioteca. Apago algunas luces y dejo la sala de lectura a media luz. Todo está en silencio. Cierro la puerta con llave. Encima de mi mesa está, abierto aún, el libro en el que estoy trabajando (el anónimo relato erótico del siglo XVIII) y mi bloc de notas, abierto también, en blanco.

Cierro los ojos un momento, y la imagen de la muchacha, de la joven estudiante de todas las tardes, de la colegiala que viene aquí a leer sin bragas, surge en mi mente. Veo sus medias blancas hasta arriba de las rodillas, veo sus muslos desnudos, su culo, unos pelos rizados y finos de su sexo. Abro los ojos y en el fondo de la sala veo la escalera, vacía, apoyada en la estantería donde está el libro que la jovencita ha escogido para leer aquí de manera tan extraña. Entonces, pienso que es ese libro lo que me interesa, lo que me obsesiona, lo que necesito conocer. Quiero saber qué lee esa muchacha, tan

apasionadamente, absorta, cada tarde, aquí, con el culo desnudo, con el vientre desnudo, con el sexo desnudo.

Subiendo la escalera, buscando el libro, cogiéndolo en mis manos, no puedo menos que sentir la ausencia de la muchacha y recordar su presencia.

En su ausencia, sobre su ausencia, voy yo a introducirme en el libro; un libro que, de alguna manera, a ella le pertenece, que es ella misma, que me da su presencia.

En la primera página lleva impreso el título, «Historia ilustrada del erotismo», sin referencia alguna al autor o autores del texto. Se indica, con letra destacada, que el libro consta de ciento cincuenta ilustraciones.

Esto es, pues, lo que la joven colegiala contempla, diariamente, durante más de dos horas, tras haberse quitado las bragas, con los muslos muy juntos, con el rostro enrojecido y los ojos en blanco, aquí mismo, en la Biblioteca, en este asiento que aún conserva su calor: un libro perdido entre miles que llenan los estantes, cuya existencia ni yo mismo conocía, sin autor que conste, y que por su título figuraba en la estantería de «Historia general».

Una supuesta historia del erotismo, con numerosas ilustraciones del tema, que, evidentemente, puede tomarse como material pornográfico para desencadenar los sueños, las fantasías, los delirios sexuales de una adolescente, o de un lector solitario.

Desde sus primeras páginas, el libro muestra tener muy poco valor en su parte

escrita. Solamente hay unos epígrafes, algunos datos de carácter histórico y de situación geográfica, y unos pocos comentarios anecdóticos a las ilustraciones contiguas. Estas ilustraciones, eso sí, ocupan en su mayoría páginas enteras, y están bastante bien reproducidas, aunque todas en blanco y negro.

Empieza el libro, esta curiosa historia del erotismo, con reproducciones de motivos eróticos de la cultura griega, con escenas amorosas, danzas rituales en las que las mujeres llevan en la mano grandes olisbos, y algunas escenas orgiásticas donde se realiza la «fellatio» y otras formas del goce carnal; todo muy esquemáticamente representado. Las siguen reproducciones del erotismo romano, de los tiempos anteriores a Cristo, con diversas fichas de acceso a los prostíbulos de entonces. El Oriente está representado por esculturas y tallas hindúes, miniaturas persas, y dibujos chinos de posturas de la cópula que ilustraban los «libros de dormitorio», además de algunos dibujos japoneses con escenas de burdel. Escenas de casas de baño, prostíbulos de todo tipo y escenas de convento ilustran también la parte dedicada a la Edad Media europea. A continuación, hay grabados eróticos de gran calidad, de los siglos XVI, XVII y, sobre todo, XVIII; escenas que representan actos de lesbianismo, masturbaciones femeninas y seducciones de doncellas por viejos libertinos, así como ilustraciones de libros de Lafontaine, del Aretino, del *Termidor* de Claude

d’Ancour
y varias provenientes de obras del Marqués de Sade.

Hacia el final del libro, entre una página de texto y una ilustración que ocupa toda la otra página, hay una pequeña estampa, con una imagen religiosa, que sin duda está puesta de señal.

La ilustración señalada, que podría ser la última que la colegiala hubiese estado contemplando, es una reproducción de un grabado francés, anónimo, del siglo XVIII, que representa un acto sexual, *more ferarum*, entre un clérigo y una jovencita.

La escena está situada en una estancia abovedada —con tan sólo una alta y pequeña ventana ojival por donde entra la luz— cuya arquitectura semeja la de los conventos medievales. La habitación aparece poco amueblada, pero con cierto lujo en el mobiliario y en los grandes cortinajes que cuelgan de las paredes, como si fuese el tocador de una dama de mundo, o el de un libertino. En el centro, un gran lecho, con una alta cabecera cubierta de visillos, muy adornada, como un altar, ocupa casi por completo toda la escena.

Encima de la cama un grueso fraile coge por detrás a una hermosa jovencita. La muchacha, arrodillada sobre el lecho, lleva el vestido y las enaguas por la cintura. Calza botines negros, y medias gruesas hasta la rodilla, que se juntan con la puntilla de las calzas; estas, bajadas a medio muslo, dejan ver todo el trasero desnudo de la muchacha: un amplio,

opulento y carnoso culo, de blancas y llenas nalgas, con una raja central muy profunda, bajo la que asoma una vulva de grandes dimensiones, muy abierta, con largos y rizados pelos.

El lascivo religioso, con una de sus manos perdidas por entre el escote de la jovencita, y con la otra mano levantándose la especie de sotana que lleva, con los ojos desorbitados por la lujuria, se dispone, con su larga lengua fuera, a lamer el magnífico trono carnal que se presenta sin ningún pudor al goce, que se consagra a su placer. Por debajo de la negra vestimenta del sadiano sacerdote, saca la cabeza su enorme falo, negruzco, lleno de pelos y puntiagudo, que apunta directamente a la jugosa vulva de la damita.

Ella, la joven presa del licencioso capellán, mira por encima de los hombros, entre las ropas arremangadas, con una mirada ambigua, entre inocente y perversa, a su gozador, o al probable espectador de esta escena, a quien esté mirando esta imagen.

La miro fijamente. Voy sintiendo cómo, poco a poco, mi falo se pone en erección; va tensándome el pantalón, que acabo desabrochando y bajando junto con los calzoncillos. Ante mis ojos, la escena erótica de la muchachita seducida en la cámara conventual va adquiriendo cierta vida, movimiento, una realidad en mi mente, adoptando yo en ella el lugar del clérigo.

Retrocedemos al instante anterior al representado en el grabado.

La muchacha y yo entramos en la habitación, que se encuentra a media luz, con un pretexto cualquiera. Yo ya estoy notablemente excitado, deseoso, con la verga en tensión; ella, algo temerosa, un poco nerviosa, como el rostro enrojecido por el rubor, incitante y coqueta. Cogiéndola por la cintura, acariciándole la cadera, el muslo, haciendo deslizar también mi mano por la nalga, voy conduciéndola hacia el lecho. Al llegar a este gran tálamo, ella quiere resistirse; entonces, cogiéndola fuertemente por la cintura, la empujo encima de la cama y la obligo a arrodillarse.

Manoseo primero todo su cuerpo por encima del vestido, y voy poco a poco metiendo la mano por debajo de las faldas y de las enaguas, hasta que ella empieza a jadear con fuerza, mostrándose excitada y deseosa. Entonces, le levanto las ropas por detrás; ella misma se las arremanga en la cintura, y le bajo de un tirón las calzas, descubriéndole la parte superior de los muslos y todo el culo: el culo más hermoso que jamás haya visto; amplio y carnoso, de un blanco puro, de nalgas redondas y llenas, con su profunda hendidura, toda ella de color de rosa. Con las dos manos, separo las dos generosas nalgas para poder contemplar bien a gusto la deliciosa ranura anal. La muchacha levanta un poco más el culo, se abre de piernas y me permite así ver su vulva, muy grande, a pesar de su virginidad, toda mojada, jugosa de verdad. Llevo mi boca a su flor virginal, entreabierta como una sonrisa, y mis labios

se inundan en seguida con el licor amoroso que ella descarga sin cesar. Se pone a gemir como una loca; suspira con verdadero deseo. Estrecho fuertemente sus duros pechos entre mis manos, cogiéndole con los dedos los erguidos pezones, grandes como los de una mujer madura. Mientras ella no cesa de jadear, paso una y otra vez mis labios y mi lengua por la raja de su culo; meto finalmente la lengua en el agujero delicioso, velado aún por la frágil pielecita del himen, y le hago dar un grito de placentero dolor.

Ya la tengo, pues, dispuesta para ser penetrada por mi verga, a punto de desflorarla, de gozarla plenamente. Acerco la verga, hinchada y caliente, a su sexo; mantengo un instante la dura y enrojecida punta en la puerta de la vulva y, con una presión firme y contundente, se la clavo, metiéndosela entera de un golpe. Ella se mueve sin parar, gimiendo y dando grititos; yo hago entrar y salir mi miembro una y otra vez en la tierna ranurita, resbalosa y ardiente, y profiero en voz alta algunas exclamaciones de placer y palabras obscenas…

Tengo el pantalón y los calzoncillos por las rodillas; con el sexo en la mano, meneándolo arriba y abajo, pronto llego al éxtasis, descargando copiosamente, mojando de semen el culo de la muchacha, su vulva, todo su cuerpo, su rostro, la escena toda de su fornicación en la habitación del convento.

Salgo a la calle. El primer golpe de viento hiela mi rostro empapado de sudor. Me pongo a caminar, sin destino fijo alguno, sin querer ir al barrio de las putas, pero retardando la llegada a mi casa.

Me encuentro horriblemente agotado, sucio, deshecho físicamente, y completamente vacío.

Deambulo por las calles; voy por la oscuridad, pegado a las paredes, evitando encontrarme con gente, y con un absurdo sentimiento de vergüenza, con una pueril conciencia de culpabilidad, con una especie de náusea profunda.

Quisiera llorar, pero las lágrimas no me salen a los ojos; sólo puedo sollozar ahogadamente; me encuentro como seco por dentro. Tampoco soy capaz de reírme, de romper en carcajadas ante mi estado moral; no hago más que una mueca, dolorosa, ridícula, en silencio.

Un fuerte dolor me llega a las sienes. También me duelen los ojos. Siento en la boca un amargo sabor; escupo en tierra. Imagino que he escupido sangre, mi sangre.

A media noche, muy cerca ya de mi casa, en la esquina de donde yo vivo, me cruzo con una mujer, de unos cuarenta años, bastante atractiva, que va sola, caminando lentamente, como si no fuese a lugar determinado alguno, o como si estuviese buscando compañía, aunque no

parece demasiado ser una prostituta. Nuestras miradas se encuentran —porque deben haberse buscado primero— al pasar el uno junto al otro, y ambos nos volvemos y nos detenemos al mismo tiempo, mirándonos fijamente, directamente a los ojos. Ella me hace un gesto con la cabeza, una llamada con la mirada, entre interrogante e incitadora, de invitación y demanda, a la que yo, sin dudarlo siquiera un momento, hago un silencioso signo de asentimiento.

Sonriéndome con coquetería, guiñándome el ojo y dándome un beso fugaz —mostrando así que se trata de una profesional—, me coge de la mano y me lleva, no lejos, a su propio apartamento.

Allí pasamos más de dos horas de desenfreno sexual. Me ofrece, ella misma, sin que le diga nada, todos los deleites de la sexualidad; me hace sentir todos los sabores de su cuerpo; utiliza en mi y para mi todos los artificios de su oficio de experta meretriz.

Primero, aún en combinación y con los zapatos de altos y finos tacones puestos, haciéndome toda clase de posturas obscenas, quitándose la ropa poco a poco, haciendo muecas provocativas, sacando y moviendo la lengua impúdicamente.

Después, descalza, medio desnuda ya, sólo con las medias y el sujetador, mostrándome al abrirse de muslos su vulva, y separándose con las dos manos, la raja del culo para exhibirla plenamente a mis ojos.

Nos besamos, y yo meto mi lengua

dentro de su boca, mientras le acaricio el amplio mechón de su robusto pubis, llevando después mi dedo indice por debajo de los rizados pelos, entre sus muslos calientes, hasta encontrar la ranura del sexo, que empieza a estar mojada.

Jugamos ambos con nuestras bocas y nuestros sexos; nuestros dos cuerpos se bañan de saliva con la caricia de las lenguas. Mi falo penetra hasta el fondo de su boca, y mi lengua se pierde en los labios húmedos de su vulva y entre sus nalgas.

Copulo con ella en diferentes posturas: tendida debajo de mi; cabalgándome; arrodillados como los perros, y el último billete de mil me sirve para metérsela por el culo.

A pesar de todo, con todo el placer que me causa este desenfreno, no obstante las delicias que esta ocasional mujer me hace sentir, no me viene el orgasmo, no llego a eyacular.

Excusándome por mi fracaso, empiezo a vestirme. Ella, la diestra prostituta, que en verdad ha puesto en juego todas las posibilidades de su hermoso cuerpo y de su oficio, se queda, completamente desnuda, blanca (solamente, destacándose sobre la piel del cuerpo, los dos botones marrones de los pezones, el triángulo oscuro en el vértice de sus muslos, y las medias y ligas negras, que no se ha quitado en todo el tiempo), yaciente sobre el lecho, con los ojos cerrados, la respiración quieta.

Parece una muerta; un cadáver desnudo, de obscena desnudez. La muerte, desnuda, con ligas y medias negras. O su

imagen.

De pronto, la verga vuelve a ponerse en erección. Empiezo a estrechar suavemente mi falo con la mano, por encima de los calzoncillos y del pantalón, mientras contemplo, extasiado, el cuerpo estático, frio y blanco, con definidas zonas oscuras que subrayan aún más la obscena desnudez de la mujerzuela.

Sin darme al principio cuenta de ello, y sin tratar de evitarlo después, empiezo a sentir cómo me salen del sexo unas gotas de semen.

Una semana en blanco.

Todo parece conducir fatalmente a esa blancura. Es como una acariciada, temible, aspiración secreta: reposar durante días en blanco, con la mente en blanco, blanca la memoria.

Día tras día, las páginas permanecen vacías en blanco, con un silencio de muerte. Es la tentación, la tentativa, de la escritura: páginas obscenamente blancas, sin el velo del texto, de la palabra: esa página, ese silencio, esa blancura, adonde se llegaría después de mucho borrar, de un gran vaciado, callando tras haberlo, quizás, dicho todo. Y vuelta a empezar; para romper silencios, vacíos, espacios en blanco. Porque, quizás, sólo sea la escritura la que —objeto y sujeto de deseo— pueda alcanzar la verdadera desnudez, el desnudamiento total.

Necesito, pues, buscar, sobre el papel, la desnudez escrita.

Paso sábado y domingo acostado, enfermo, con un poco de fiebre, sudando continuamente —un sudor frío, espeso, de fuerte olor— y con frecuentes escalofríos, sollozando a veces.

En una especie de sueño intermitente,

me veo en extraños prostíbulos, de barrocas decoraciones, iluminados por una penumbra amarillenta y rojiza, donde hay montones de mujeres desnudas, algunas sentadas en sofás, taburetes y sillones, y de pie otras, que ofrecen lúbricamente sus exuberantes cuerpos a la vez que sueltan chillonas carcajadas; fascinantes hembras, horriblemente maquilladas, deseables y repugnantes al mismo tiempo, que se esfuman a medida que me acerco a ellas. Finalmente, en una gran habitación, medio a oscuras y completamente vacía, a excepción de un enorme lecho de forma circular, acabo entre los brazos de una joven meretriz, extremadamente delgada y de aspecto enfermizo, de piel muy pálida, sudorosa y fría, de rostro impreciso, indefinido, que no puedo identificar.

Me despierta una fuerte necesidad de orinar. Lo hago en la pila mismo del lavabo; entretanto, contemplo en el espejo mi semblante. Leo en mi rostro —pálido y ojeroso, de una palidez amarillenta, con unas profundas ojeras cárdenas bajo los ojos— el cansancio, el dolor, la tristeza: algo patético. Mis ojos, hundidos, empequeñecidos, apenas sin luz, me devuelven una mirada lejana, desesperanzada, como dirigida desde la otra orilla de la muerte.

Miro mi sexo fláccido, mi desnudez sucia, mi cuerpo enfermo. Tiemblo. Recorre todo mi cuerpo un fuerte estremecimiento. Y me da miedo.

De esta manera, desnudo, angustiado, vuelvo a mi habitación; para encerrarme en

ella, para recluirme en mi propia soledad, para envolverme en el silencio, en mi propio silencio.

Entonces, al buscar un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta, encuentro la estampita que servía de señal en el libro que miraba la colegiala en la Biblioteca. En el dorso lleva una inscripción en mayúsculas y un pequeño texto: «SANTA LUCÍA. VIRCO ET MARTYR. Nacida en Siracusa, era fervorosa cristiana, pero su pretendiente la denunció. Empero, ella sufrió el martirio en las llamas con resignada fortaleza. Se le dedica un culto especial, y su nombre y su imagen se han hecho muy populares».

Por delante, la estampa reproduce, en vivos colores, la imagen de la santa. Es el dibujo, de medio cuerpo, de una mujer muy joven; en apariencia, poco más que una niña. Va por entero envuelta en túnicas; lleva una color rojo brillante que le cubre el busto; la otra túnica, color verde oscuro, le cae por encima como una capa. En la cabeza, y cubriéndole también los hombros, otra túnica, más pequeña, color blanco. Coronándole la cabeza, una especie de halo amarillo claro. Sus cabellos, castaños, ondeados, le recortan el rostro y el cuello desnudo. En su faz, amplia, redonda, de mejillas color rosa, se dibujan unos labios pequeñitos, recortados, en

forma de corazón, suavemente rojos, y una nariz muy recta y algo grande. Debajo de las cejas perfiladas, gruesas, dos ojos negros, muy grandes y muy abiertos, redondos como círculos, luminosos, miran hacia un lado, como dirigiéndose al infinito, como en una mirada perdida, o quizás ensimismada, o divina. En su mano derecha, sobre una bandeja de plata que ella tiende hacia delante como haciendo una ofrenda, hay dos ojos también muy grandes, algo ovalados. Dos ojos como arrancados de cuajo de un rostro (¿del suyo?), sin vida ya, pero que siguen mirando, fijamente, con un brillo cruel, maléfico, con una mirada imposible…

Ya no ha vuelto nunca más la muchacha del uniforme de colegiala, la misteriosa lectora del libro sobre erotismo.

En estas calurosas tardes de verano, son bien pocos los lectores que vienen por aquí. Puedo, por lo tanto, dedicarme intensamente a mi trabajo; vuelvo a abrir el bloc de notas, y continúo con la lectura y el estudio del relato anónimo del siglo XVIII.

En el interior del siniestro y aislado castillo, en la lúgubre mazmorra donde se encuentra secuestrada la virginal doncella, el padre y señor del lugar da muerte violentamente (estrangulando con sus manos y decapitando después a uno con un hacha, desmembrando a golpes de espada al otro) a sus dos hijos y competidores. La sangre fraterna corre a los pies de la interesante cautiva. A continuación, el criminal libertino se dispone a consumar la brutal seducción de su propia hija, haciendo oídos sordos a las desesperadas súplicas de la atemorizada niña.

Completamente ofuscado, el feroz filicida conduce a su hija ante los cadáveres mutilados de sus dos hermanos, y amenazándola con un largo y afilado cuchillo de caza, obliga a la inocente muchacha a desnudarse ella misma para su propio sacrificio y para el lascivo goce de su propio padre.

La deliciosa damita empieza a quitarse

las ropas lentamente, pieza por pieza, quizás confiando aún en que la piedad y el verdadero amor paterno impedirán finalmente a su progenitor llevar a término sus monstruosas intenciones.

Empero, cuando el vicioso señor ve la inmaculada y tierna —hermosa como el día, como una Venus adolescente— desnudez de su hija, siente aumentar en él todo su desenfrenado deseo sexual y toda su ansia criminal, y no tarda ya en emprender la codiciada desfloración, por delante y por detrás, de la candorosa doncellita.

Cuando consuma el acto carnal, tras desgarrar con su colosal miembro la intacta flor de la muchacha, y mientras descarga su excitado sexo, inundando de copioso semen el encantador culito de la ultrajada joven a la cual dio la vida, acaba, con toda crueldad, por asesinarla, clavándole el cuchillo en el corazón.

Mientras hace todo esto, y a la vez que blasfema horriblemente y da tremendos gritos de placer, va mencionando él mismo sus crímenes (fornicación, incesto, violación, sodomía, asesinato, filicidio, blasfemia…), va recitando los actos condenables a medida que los va cometiendo, como si todo aquello que lleva a cabo tuviese que ser nombrado necesariamente para tener existencia real, o como si los hechos que realiza tuviesen por finalidad el convertirse en las palabras que les dan nombre, en su enumeración, en una escritura que da cuenta de ellos, que los relata; como si su razón de ser estuviera

en convertirse en el texto mismo que habla de tales actos.

Todas las tardes, sin excepción, al anochecer, me voy de putas. Voy a verlas al Barrio Chino; hablo con ellas, río con ellas, las invito a unas copas para poder tirarles mano mientras bromeamos. Muchas veces, casi cada noche, acabo acostándome con alguna.

Busco estar con las más diversas clases de mujeres; desde las más jóvenes y bonitas hasta las hembras ya bien maduras y putas viejas. Me gusta pasar de la que parece una experimentada meretriz a la que apenas ha empezado en su oficio. Procuro también que cada una tenga unas características físicas diferentes. Elijo algunas que apenas tienen formas en el cuerpo, delgadas y pequeñas; otras, que me pasan todo un hombro, son de carnes abundantes, de formas generosas. Después de la puta barata de callejón, cojo a una costosa buscona de bar. Pago para que me hagan lo que ellas llaman «el francés», y yo mismo disfruto lamiéndoles el sexo y el culo. A otras me gusta mamarles los pechos, gozar con ellos. Trato de agotar con estas mujeres todas las posturas posibles de la cópula; quiero probar todas las formas del goce carnal, saturar mi sexo, mi deseo, con innumerables cuerpos, interminables coitos, infinitas eyaculaciones. No ahorro dinero en todo lo que me ofrecen hacer y

en permanecer más tiempo con ellas. En alguna ocasión, cuando la prostituta me urge para que eyacule, para terminar ya, saco de la cartera algún billete más y se lo doy con tal de prolongar mi goce.

Frecuento también prostíbulos. Burdeles clandestinos donde hay, de la mañana a la noche, mujeres a disposición de los clientes asiduos.

Mujeres semidesnudas, con erótica ropa interior, con transparencias inquietantes; mujeres siempre abiertas de piernas, con las nalgas y los pechos casi totalmente a la vista, en constante ofrecimiento de sus cuerpos, esperando al hombre, dispuestas, en permanente actitud de disponibilidad.

Cuerpos, palabras, caricias. En un ritual del deseo, y del placer: cerrado, privado, privilegiado por el dinero.

Escribo en la sala de espera de un burdel. Anoto mis sentimientos, lo que pienso, intuiciones, sensaciones, alguna reflexión.

Un embriagador olor de fuertes perfumes, de carne humana desnuda, de sudor y de esperma, de tabaco y bebidas, me envuelve, pesadamente.

Las carcajadas de las prostitutas, algunos gemidos ahogados, susurro de voces, rumor de cuerpos, el agua corriendo en los lavabos, una débil música, todo a la vez crea como un zumbido continuo, aturdidor.

Escribo mi deseo; un deseo que está fuera de esta habitación, de estas mujeres, de mi mismo.

Describo mi propia imagen reflejada en los espejos.

Entro con dos mujeres; una mujerona, con enormes pechos, y otra más joven, muy alta. Mientras me desnudo, ellas dos, ya desnudas, me hacen una pequeña representación de una escena lesbiana. Para animarme, me dicen.

Después, mientras juego con el cuerpo de la más voluminosa, con su generoso culo y su abundante seno, la otra me hace

«el vicio». Ellas mismas, con palabras fuertes, van diciéndome mi propio goce. Me dicen el placer que estoy sintiendo con ellas, chupado mi sexo por una y otra, manoseando yo sus cuerpos, lamiéndoles el culo, copulando alternativamente en las dos vulvas, y eyaculando finalmente entre los pechos de la grande mientras la joven me acaricia los testículos y me anima a descargar el semen.

En los espejos que rodean la cama, el orgasmo se multiplica a mi vista.

Ya muy entrada la noche, antes de apagar la luz, encerrado en mi habitación, solo yo, yo sólo, acariciándome distraidamente el «pequeño», yo, en completa soledad, escribiendo, acercándome al limite, a lo imposible, a su representación escrita, con sus signos, textualmente, realizando la escritura, desnudo, poniendo mi desnudez en lenguaje.

De vez en cuando, contemplo en el espejo las imágenes que en él se reflejan: ampliaciones fotográficas de mujeres desnudas, dibujos pornográficos de los años de la República, la litografía de «La liseuse» de Henner, la estampita de Santa Lucia.

Contemplo durante largo tiempo estas

imágenes, con mi sexo erecto en la mano.

Lunes por la mañana. Me levanto de la cama y, cuando voy al water, al orinar, siento un escozor en el glande, y en seguida compruebo que empiezo a tener un poco de supuración.

Durante todo el día, la supuración va en aumento y persiste el escozor al orinar, así como un continuo dolor en todo el pene y en el bajo vientre. Debo haber cogido sin duda una gonorrea con alguna de las muchas prostitutas con las que he estado en los últimos días. Quiero creer que habrá sido una francesa, más bien vieja y sucia, con la cual, además, no gocé demasiado, aunque tampoco me costó muy cara.

Mañana tendré que inyectarme penicilina. Será necesario, también, que deje de ir unos días con mujeres. Por otra parte, debo confesar que con la última con quien estuve, una andaluza grosera y poco afectuosa que tuvo que masturbarme al final para hacerme eyacular, acabé vomitando en el lavabo del prostíbulo, asqueado.

Ciertamente, el placer y el horror los he encontrado juntos más de una vez reflejándose en los espejos de los burdeles. Después de la cópula, entre las sábanas de una habitación de prostíbulo, se encuentran a menudo los signos, los símbolos, las huellas, de la muerte: la suciedad, la impotencia. Fascinante y

repulsivo al mismo tiempo, ciertamente.

Como los espejos de los burdeles, la escritura refleja la desnudez: en un espacio cerrado, a media luz, íntimamente, espejándose infinitamente, de manera implacable.

La desnudez, el deseo, la muerte: sus símbolos, sus signos, sus huellas.

En las primeras horas de la tarde, en este caluroso día de verano, salgo a la calle bajo un cielo intensamente azul y un sol inclemente, deslumbrador, que hiere mi piel y mis ojos.

Raramente voy por la calle durante el día. A las ocho de la mañana, me dirijo, a toda prisa, a la Biblioteca, de la que salgo ya de noche, dando entonces mi paseo por el Barrio Chino o visitando los burdeles; así que apenas conozco la vida cotidiana de las calles, como tampoco sé demasiado qué es caminar así, a plena luz, bajo un cielo tan desnudo. Prefiero, claro está, la equivoca desnudez de la noche.

En este momento, camino hacia el Hospital Clínico para que me inyecten la primera dosis de penicilina, voy andando pesadamente, un tanto incómodo, con gafas ahumadas y mirando tras ellas, furtivamente, a las mujeres que pasan a mi lado: juveniles mujeres de apariencia saludable, que hacen mover sus cuerpos, firmes y sensuales, dentro de los finos y breves vestidos.

El intenso calor de la tarde, y vestido como voy, con chaqueta y corbata, me hace sudar y me empapa el cuerpo, al que se me pegan las ropas.

Delante de mí, camina una mujer con un vestido blanco, de fina tela y muy escotado por detrás; sigo un trecho este

cuerpo femenino, cuya silueta se transparenta al contraluz, un poco fantasmagóricamente.

Una sensación de ahogo me llega a la garganta. Me detengo en una esquina, apoyándome en un muro; cierro los ojos y dejo que pase este pequeño mareo, este vértigo que me invade. En el bolsillo de la chaqueta, siento el peso de la cajita de las cápsulas de penicilina; tengo que apresurarme en llegar al Clínico.

Sigo mi camino por las intrincadas calles de esta parte antigua de la ciudad, que yo apenas conozco.

De improviso, al doblar una esquina, oigo el sonido de una banda de cornetas y tambores. Tocan una marcha, entre militar y religiosa, notablemente mal entonada, con los estridentes instrumentos de metal y los ruidosos tambores.

Extrañamente atraído por esta inesperada música en plena calle, me detengo, tratando de localizar su procedencia. Al poco rato, por una calle perpendicular, avanzando hacia mí, veo aparecer una especie de pequeña procesión religiosa.

Un policía municipal abre el paso de la comitiva; a la cabeza de esta, va un hombre, vestido de gris oscuro, que lleva una gran cruz con la imagen del Cristo crucificado. Le sigue un sacerdote con sotana negra, de mediana edad, alto y delgado, con la mirada un tanto alucinada. Y a continuación, la banda de cornetas y tambores, tras la cual va un grupo de mujeres y niños llevando cirios encendidos.

A unos pasos del sacerdote, encabezando la banda de música, marcha una muchacha que lleva un estandarte. Esta muchacha, que parece muy joven, de no más de quince años de edad, va vestida con la misma camisa sedosa, de color amarillo brillante, que llevan los músicos de la banda, y también lleva, como ellos, una estrecha y larga corbata roja. La muchacha, no obstante, va con una cortísima falda de raso, de color negro muy brillante, que deja casi por completo a la vista los muslos, enfundados en medias negras transparentes. De rodillas hacia abajo, lleva botas de cuero negro mate, de tacones altos, que golpea en tierra con fuerza a cada paso.

Cuando llegan a mi altura (el Cristo, todo coloreado, en la cruz de madera; el sacerdote de aspecto alucinado, con su sotana mugrienta; la chillona banda de música que interpreta con aire militar la pieza religiosa), cuando pasan por delante de mí, reconozco inmediatamente a la muchacha. Lleva su rubio cabello suelto y esparcido por los hombros y cubriéndole la espalda hasta casi la cintura, y el rostro bastante maquillado (rímel en los ojos, los labios pintados de carmín, las mejillas con colorete rosado), pero no dudo de que es ella: la colegiala que miraba el libro pornográfico en mi Biblioteca tras quitarse las bragas.

Maquinalmente, me pongo a seguir la marcha de la procesión. Camino al lado de los músicos, siguiendo el lento y rítmico paso de la comitiva. Voy contemplando por

detrás a la muchacha: el rubio claro de su cabello, largo y abundante, muy fino, completamente libre por la espalda, recortándose, limpio y suave, en toda su delicadeza, sobre el amarillo chillón de la camisa; las cortas faldas negras, moviéndose levemente al caminar, insinuando la redondez de las nalgas; los muslos, entre el negro reluciente de la falda y el negro mate de las botas, con la desnudez de la piel oscurecida y cristalina bajo las medias.

Miro fijamente el cuerpo de la muchacha, y puedo ver en él, no sé si con la memoria o con la imaginación, la delicada blancura de su culo desnudo.

Me adelanto un poco, y entonces vuelvo a ver a la muchacha por delante. El maquillaje que lleva en el rostro, más que hacerla parecer mayor, subraya su verdadera juventud; le da un aire a la vez infantil y perverso a su semblante.

Camina altivamente erecta, los hombros hacia atrás y sacando el pecho. Con la cabeza erguida y los ojos verdes, incisivos, fijos hacia delante, parece ausente de todo lo que la rodea, totalmente abstraída en ella misma, con la ostentación de su cuerpo, tan derecho, y el ritmo, un tanto insolente, de sus movimientos, marcando el paso con fuerza, levantando a cada paso el muslo horizontalmente, doblando la rodilla y dejando caer la pierna con precisión y firmeza, haciendo sonar el tacón de la bota de cuero sobre el asfalto.

Con la mano izquierda, mantiene erguido el estandarte, y apoya la mano

derecha, de manera no poco graciosa, en la cadera. A lado y lado de la roja corbata, se dibujan sus dos pechos, pequeños y plenos, tensando la seda amarilla de la camisa, muy ceñida y fina. El ligero tejido de la falda, al andar, se le mete entre los muslos, dibujándole la curva del vientre, e incluso del bajo vientre, y pone en evidencia la redondez de sus muslos, prietos y bien formados, enfundados en las medias oscuras que brillan al sol, obscenamente.

La muchacha, toda ella, por su actitud segura y desafiante, y por su manera de andar, de moverse, de estar ahí, parece afirmar la conciencia de un cuerpo que sabe muy bien la clase de deseo que produce.

Cuando vuelve a pasar delante de mí, su perfil se recorta a contraluz. Un fuerte estremecimiento hace temblar mi cuerpo; tengo la boca seca y algo de sudor gotea por mi frente. El deseo hincha un poco mi sexo, y en la punta del pene puedo sentir punzadas de dolor y la supuración de la blenorragia.

Sigo el paso de la procesión, alejándome así del camino que tendría que tomar para ir al Hospital, dejándome llevar por la fascinación del espectáculo que se desarrolla ante mí, por la atracción encantadora, tan voluptuosa, de esta muchacha que, una vez más, encuentro, me aparece, envuelta en una extraña, perversa, fuerte sexualidad.

Una ráfaga de viento hace mover el estandarte, agitando también los cabellos de la muchacha y levantando levemente su

falda. Mi deseo quisiera ahora desnudarla, quisiera volver a contemplar su culo desnudo, descubrir por fin, a mi vista, su sexo.

Cuando desembocamos en una pequeña plaza, donde esperan otros grupos de gente, la comitiva se detiene. La banda de música sigue interpretando la misma pieza; pero ahora con más fuerza, haciendo sonar ruidosamente los tambores y con mayor estridencia las cornetas.

El hombre que lleva el crucifijo, el sacerdote y la muchacha han quedado los tres juntos, ella en medio. Poniéndome delante de ellos, puedo contemplar el fascinante espectáculo: el impúdico erotismo de la muchacha, terriblemente desnuda, destacando obscenamente entre la figura desairosa del cura, con la larga sotana desastrada cayéndole hasta el suelo, y la cruz cristiana, burdamente hecha, con un Cristo pintado con colores chillones, en forma un tanto inverosímil, y llevada por un hombre de edad indefinible que parece, cuando menos, oligofrénico.

Quisiera reírme, romper en carcajadas delante de todos, ante esta cómica, grotesca, obscena comitiva religiosa. Quisiera también ponerme a gritar, decirles cuál es mi deseo, mostrar mi sexo erecto a la muchacha, al cura y a todo el resto del séquito. Quisiera que todo lo que está sucediendo no fuese más que un sueño, un hecho imaginario, donde yo pudiese realizar mi deseo.

Con un fuerte golpe de los bombos, la música se detiene. El clérigo y el hombre

que lleva el crucifijo, ambos seguidos de la gente que acompañaba la procesión y de los que la esperaban en la plaza, se dirigen a la iglesia al otro lado del cruce de las calles. Entran todos en el viejo y gran templo católico, dejando la plaza completamente desierta. Los músicos de la banda se han dispersado rápidamente por grupos en los bares de los alrededores y en una sala de billar.

Por un momento, con la disolución del cortejo, pierdo de vista a la muchacha. Son ya cerca de las cinco, y pienso que debo ir sin demora al Clínico.

Entonces, al pie mismo de la iglesia, veo a la muchacha, con el estandarte aún en la mano, mirando directamente hacia donde me encuentro. Su mirada parece estar clavada fijamente en mí; desconcertado, parpadeo y hago acción de dar media vuelta y marcharme. Entonces, ella hace un gesto con la cabeza, como si me llamase, como si estuviese pidiéndome que fuese tras ella, a por ella. Doy unos pasos hacia delante, y ella, girándose con femenina ligereza, haciendo un vuelo en la falda al doblar su flexible cintura, sube los cinco escalones de piedra que conducen a la puerta principal del templo. Al subir la escalinata, con pasos largos y ligeros, la corta faldita sube y baja varias veces por el trasero, mostrándome un momento, fugazmente, sus muslos, por encima de las medias, desnudos entre las ligas y la puntilla negra de las bragas. En la puerta de entrada de la iglesia, la muchacha deja el estandarte, y entra al templo, sin dirigir

ahora mirada alguna hacia atrás, hacia mi.

Vacilo un instante; vuelvo a sentir el dolor en el sexo, y también tengo conciencia de lo absurdo de todo esto.

Estoy en la puerta de la iglesia. El sol cae con fuerza sobre mi; todo mi cuerpo suda, y tengo el rostro bañado de este sudor caliente. Cierro los ojos. Después, me quito las gafas y, sin querer pensar en lo que hago, entro tras la muchacha, tras mi deseo.

Al penetrar en la iglesia, el sudor se me hiela en el cuerpo, en el rostro. Un fuerte olor de cera quemada me invade, y la penumbra amarillenta que baña el enorme espacio interior del templo me hace estremecer; quedo abrumado por un momento, hasta habituarme al peculiar aroma, a la luz, al ambiente.

La nave central del templo está casi toda llena. Mujeres más bien viejas y solas, algunas más jóvenes con niños, diversos grupitos de jovencitas, algunos hombres acompañando a las mujeres, están todos sentados en los bancos, de cara al altar mayor, donde reza una inscripción: «Manantial de vida».

Suena una campanilla, sale el sacerdote vestido con los ornamentos de misa; la gente se levanta y permanece de pie. Empieza la ceremonia.

Doy unos pasos hacia delante, con el vago sentimiento de estar cometiendo una transgresión.

Ante un micrófono situado a un lado del altar, el sacerdote, en el que no reconozco al que presidia la procesión,

entona un canto de bienvenida a los asistentes a la misa. Parte de estos rumorean también la oración cantada. Cuando finaliza, y después de santiguarse, todos vuelven a sentarse.

Me adelanto por un lateral buscando a la muchacha por entre la gente sentada en los bancos; sin encontrarla, de momento.

Al fin, en el lateral opuesto, de pie, junto a un candelabro lleno de pequeñas velas encendidas que la iluminan de manera fantasmagórica, veo a la muchacha.

En la misa se ha hecho un silencio total. La muchacha, mirando fijamente hacia mi, sonríe, entreabriendo ligeramente la boca y mostrando la puntita de la lengua y la blanca hilera de dientes, con una expresión que parece imitar el aire a la vez maligno y candoroso de la muchachita del grabado pornográfico.

De nuevo, empiezo a sentir el escozor en el glande, algo de dolor por todo el sexo y la persistente supuración. Tengo, también, un principio de erección en la verga.

La gente vuelve a ponerse de pie, y el sacerdote emprende la lectura del evangelio.

«En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho…».

Me dirijo, temeroso, con los nervios tensos, hacia donde está la muchacha.

Camino a grandes pasos, pero procurando no hacer ruido y sin dejar de mirarla fijamente.

«En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brillaba en la tiniebla…».

Cuando llego al otro lado, la muchacha, deliciosamente demoniaca, retrocede hasta una pequeña sala semicircular que se abre en el pasillo ladero.

«… Y la tiniebla no la recibió».

Me detengo junto a una columna, un tanto desconcertado. La capilla lateral donde se ha metido la muchacha, se encuentra casi a oscuras. Únicamente, en el centro del semicirculo, hay un pequeño altar, iluminado por una débil luz eléctrica, con la figura de una monja que lleva en las manos un pañuelo blanco y un pequeño crucifijo encima. La monja, no sé qué santa, mira fijamente al Cristo. En la frente lleva una especie de estigma de color rojo. En el centro de la salita, unos cuantos reclinatorios, de cara al pequeño altar; y al fondo, junto a la pared, a uno y otro lado de la imagen de la monja, dos confesionarios, muy grandes y aparentemente antiguos. Dentro de uno de estos, puedo distinguir la camisa amarilla, el luminoso cabello dorado y el blanco rostro de la muchacha.

Doy un paso atrás. Dentro del confesionario se enciende una luz que ilumina violentamente su interior. La puertecita está abierta de par en par, y la muchacha, con las cortísimas faldas y las piernas desnudas bajo las medias negras

transparentes, se encuentra allí sentada, cruzada de piernas, en el asiento del confesor.

Un temor instintivo, visceral, me deja paralizado junto a la columna. Contengo la respiración. Los rezos de la misa me llegan como un rumor sordo, aturdidor. Me estremezco. Por un momento, tengo el deseo de huir, de dar un fuerte grito, de romper a llorar, o a reír.

La muchacha me mira sonriente, con una dulce sonrisa, suavizando la mirada; descruza luego las piernas y entreabre un poco los muslos, mostrándolos más arriba de las medias, enseñando las bragas. Sin dejar de mirarme, se lleva las manos a los pechos y los toma suavemente; abre la boca y saca la lengua pasándosela repetidamente por los labios, de manera lasciva, provocadora. El temor, o el deseo, pone en tensión todo mi cuerpo.

Encima del cojín que cubre el asiento, la muchacha va relajando su cuerpo. Desvío la mirada hacia el altar principal; en el centro, el sacerdote de aspecto alucinado, viéndose allí aún más alto y delgado, con la casulla y demás ornamentos de color rojo, espera la llegada del ayudante de misa, el oligofrénico que llevaba la cruz en la procesión, con las ofrendas de la eucaristía.

Al volver la mirada al confesionario, veo que la muchacha se ha quitado la corbata y empieza a desabrocharse la camisa. Cuando acaba de hacerlo, abre las dos partes de la sedosa tela amarilla y me muestra impúdicamente sus dos pechos,

pequeños y redondos, muy llenos, duros, altos, de pálida blancura, con los rosados pezones perfectos y orgullosos, como los de una joven prostituta.

Acto seguido, se los coge con las dos manos, por debajo, y, apretándoselos levemente, los alza, como ofreciéndomelos. Cierra los ojos; y puedo ver cómo, en los juveniles senos, sus dos pequeños pezones van adquiriendo la erección tensa del deseo. Al rostro de la muchacha llega la rojez intensa del rubor sexual. Por la boca entreabierta, a los labios rojos de pintura, acuden burbujas de saliva. Un mechón de cabellos rubios le cae por la mejilla, cerca de la boca, y algunos cabellos quedan adheridos a su piel. Entreabre un momento los ojos y me mira con una mirada turbia, irresistible. Esquivo su mirada.

El sacerdote alza la patena, eleva la hostia y hace su presentación.

Un débil gemido vuelve a llamar mi atención hacia el confesionario. Totalmente descubiertos, los encantadores pechos de la muchacha se levantan lascivamente por la acción de su respiración acelerada. Con las piernas abiertas en arco, de par en par, las rodillas tocando las paredes del confesionario, la muchacha se acaricia con la punta de los dedos la parte interior de los muslos, por encima del nilón de las medias. Después, lentamente, ya por la carne desnuda, sus manos van adentrándose hacia la entrepierna, deslizándose la mano derecha, acto seguido, faldas adentro. Sus dedos se pierden en la braga.

«Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. El será para nosotros pan de vida…».

Las palabras del sacerdote me llegan lejanas, como si sonasen en otro lugar, o en otro tiempo.

«Concédenos, por el misterio de esta agua y de este vino, que participemos de la divinidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad…».

Puedo notar, bajo el pantalón, la verga en total erección, hinchada y muy tensa. Me escuece intensamente el glande y, con la opresión de los calzoncillos, siento un punzante dolor que se me acrecienta a cada instante.

«Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos, El será para nosotros bebida de salvación».

La muchacha, con los ojos muy abiertos, clavando su mirada en los míos, se arremanga las faldas hasta la cintura, dejando al descubierto los muslos y todo el vientre. Después, cierra un momento las piernas, coge las diminutas bragas de fina blonda roja y remate de puntillas y se las quita, haciéndolas deslizar lentamente por los muslos. Así, volviendo a abrirse de piernas —con las finas y largas medias negras sujetas por un portaligas de blonda roja, transparente, bordado de flores rojas y con un volante de puntilla roja y negra, todo ello enmarcando la desnudez del bajo

vientre y la entrepierna—, la muchacha me muestra su pequeño pubis, prominente, y apenas poblado por un rojizo vello rizado, aunque mullido y suave, con reflejos dorados, deseable como no lo he visto nunca. Sólo la arcada que forman el portaligas y las medias, con sus insolentes colores, da cierta impudicia a la desnudez del mechón divino que corona su sexo virginal. Por encima de la puntilla del portaligas, se asoma, gracioso, su diminuto ombligo; y, más arriba, los dos deliciosos senos parecen temblar.

El sacerdote y los fieles permanecen en silencio, rezando quizás.

Yo, ocultándome aún más detrás de la columna, me desabrocho la bragueta y me saco la verga, ya en plena erección.

La muchacha, adelantándose un poco en el asiento, apoyando la espalda y la cabeza en el tabique posterior del confesionario, levanta las rodillas, dobla las piernas y pone los pies, calzados aún con las botas de cuero, sobre el asiento. Todo su sexo queda expuesto a mi vista; ofreciéndose silenciosamente, librado a su posesión, ofrendado a mí, consagrado a mi goce.

Avanzo un paso hacia ella. En medio de un silencio total, blanco, de tumba, irrumpen las palabras del sacerdote.

«Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso».

Ruidosamente, se inician los rezos de los asistentes a la misa.

Con las piernas muy levantadas y bien

abiertas, la muchacha sigue presentándome en su plenitud la pequeña vulva, con la rajita un poco entreabierta y jugosa, pero evidentemente virgen. Sus ojos verdes profundos, transparentes, punzantes, me miran con una mirada de espera.

El sacerdote eleva en la mano un pedazo de la hostia, la consagra y comulga; a continuación, toma vino del cáliz.

Vuelvo unos pasos atrás, pegándome a la columna, ocultándome, y apretando con fuerza la verga en mi mano.

La muchacha va dejando su inmovilidad; cierra los ojos y se lleva las manos a los pechos. Suavemente, con precisos movimientos de los dedos, va estrechando levemente los dos senos, acariciándolos.

En mi mano, siento el dolor y el placer unidos en el sexo.

Ahora, la muchacha va bajando la mano derecha hacia el vientre; con la palma, se acaricia circularmente la lisa superficie desnuda, entre el tejido del portaligas y el vellón rojizo del pubis. Después, cuando todo su cuerpo empieza a excitarse visiblemente, tembloroso, con la respiración muy agitada, baja la mano hasta el mechón de cabellos rizados, lo acaricia un momento con la punta de los dedos y desliza el dedo medio y el índice hacia la vulva, toda mojada ya. Con los dos dedos, se entreabre la rajita, los pequeños labios rosados, tiernos y jugosos, dejando salir un copioso flujo que acaba por escurrirse por la regata del culo, entre las dos blancas nalgas que se muestran un

poco por encima del granate aterciopelado del cojín. Los dedos de su mano, empapados ya del jugo exquisito, se deslizan arriba y abajo de la vulva, por la estrecha ranura, entre los labios entreabiertos, por el diminuto clítoris, y en el vello del pubis, dejando en este gotas del fluido sexual.

Abandonando ahora el pecho, lleva también la mano izquierda a la vulva y, con los dos dedos, la abre todo cuanto puede, introduciendo en ella la punta del dedo índice derecho; la uña de este dedo, pintada de rojo brillante, parece una gota de sangre en el centro mismo de la divina, virginal, amorosa rajita de la muchacha.

En los bancos de la iglesia se oye el rumor de gente moviéndose. Algunos de los fieles se dirigen hacia el pie del altar mayor, donde les esperan el sacerdote y el ayudante para impartirles la comunión.

La muchachita gime intensamente. Con la mano derecha en el sexo, y acariciándose de nuevo los pechos con la otra mano, con los ojos muy cerrados, por completo abstraída, locamente, cierra y abre los muslos, rítmicamente, cada vez más aprisa, presionando y moviendo la mano en la vulva, estremeciéndose convulsivamente.

Todo mi cuerpo se estremece también.

Los fieles acaban de comulgar y regresan a los bancos. El sacerdote vuelve al altar, y todos juntos empiezan a rezar en voz alta.

La muchachita lanza un último gemido, casi un grito, ronco, muy fuerte, pero

ahogado.

Termina la misa.

La muchacha abre los muslos, baja las piernas al suelo y deja caer los brazos, relajando el cuerpo. Acto seguido, y sin que ella se inmute, por entre sus muslos empieza a salir un chorro de liquido amarillento. La muchacha, espatarrada sobre el cojín del confesionario, con los ojos cerrados, como si durmiese, suelta una larga meada, que va corriendo por el suelo, hasta llegar a mis pies.

En mi mano, queda una copiosa mezcla de semen y pus. Sollozo, doy rienda suelta al llanto, y empieza la flaccidez.

Con los ojos húmedos, vidriosos, miro la página llena de escritura: mi propia grafía, irreconocible ahora por mi mismo, ilegible.

Con la mano, hago que la tinta se corra.

La orina, las lágrimas, el sudor, la esperma, diluyen la escritura, anegan el texto, borran el relato.